

Quehaceres

Autora: Macarena Moraña

Mabel se siente una inútil por no poder arrancar con todo lo que tiene que hacer en la casa, pero no se trata de una inutilidad práctica, ella está en plenas condiciones de hacer todo eso y más, pero hay algo que la detiene, es algo así como un sentimiento de rebeldía que se quiere dar el lujo de tener en ese momento, pese a todo, pese a él. Empieza a sentir el culo adormecido sobre el sillón verde, hace por lo menos una hora que está apoyado ahí, haciendo fuerza para abajo. Ella antes no usaba la palabra culo ni ninguna otra “mala palabra”. Quizás el sillón es cómodo por lo viejo, seguramente no lo fue tanto ni bien comprado, piensa en un arrebato de nada, uno de los tantos que le vienen llenando la tarde. Sabe que *se le viene la noche* y que si no termina pronto con *las cosas de la casa* va a llegar su marido Ricardo, y va a pasar lo que siempre pasa cuando eso pasa que si pasara más seguido, Dios no lo permita, a esta altura ya no podría contarlo. Que por qué no planchaste la camisa que tengo que usar mañana, que para qué mierda ponés ese portarretratos ahí si sabés que no me banco la cara de infeliz de tu vieja, que entonces tengo que pensar que todo lo hacés para provocarme, y así tantos reproches, tantas palabras horribles –esas sí son malas palabras- que crecen hasta convertirse en una primera y maldita cachetada que al momento ya se hizo piña y después, apenas un ratito después, se abre en un beso, maldito también, peor que un golpe, mucho más doloroso, que Ricardo acompaña con tantos pero tantos *perdoname* que le taladran el cerebro a Mabel, que la dejan más tonta que los reproches, que los puñetazos, que toda la mierda de Ricardo. *Perdoname linda, perdoname mi reina, perdoname mamita*. Y ella siempre sí, al final siempre le da el sí, te perdono, le dice, y él que llora, aliento a vino, olor a cigarrillo, los ojos salidos para afuera, esa cara de bestia...

*Qué sería de mí sin vos y sin los chicos negra mía no me dejes nunca mi amor nunca nunca porque te mato si me dejas sabés que te mato si me dejás que te mato y después me mato yo y salimos en los diarios eh cuidadito eh no te hagas la loca porque más loco estoy yo y lo sabés muy bien Mabelita eh.*

Y ella trata de reírse, como si todo lo que pasa formara parte de un espectáculo de circo, “El gran circo patético del golpeador arrepentido”, piensa a veces, como si ponerle un nombre simpático y estúpido la pudiera hacer sentir menos desgraciada. Es graciosísimo,

todo es risas con Ricardo, por eso los chicos se ríen tanto con los chistes de su papá, le tienen tanto miedo que disfrazan de admiración y respeto y así el don pirulero los invita a jugar a cada cual a su juego. Hay que tener cuidado porque la prenda siempre puede ser la última, ¿quién sabe?.

Mabel prende la tele y entonces menos que menos puede arrancar porque la novela está empezando y ella que ni siquiera lavó los platos de anoche y ya son las tres de la tarde y ay Dios santo bendito la que le espera. Mabel se ríe. Por suerte algunos de los chicos duermen la siesta y los otros juegan tranquilitos en el cuarto; qué buenos son... ¿Y si justo hoy el Ricardo viene con esos bríos que trae a veces cuando gana en vez de perder y le hace otro pibe?. Ay no, no no no, Dios mío por favor eso ya no más, nunca más, pobres criaturitas... Y Mabel se rasca la cabeza con el dedo índice más sucio que nunca, con ese dedo que lleva también parte del miedo que la hace sentir atragantada como si se hubiera comido un pedazo de carne sin masticar. Pero entonces, por las dudas, lo mejor sería que... No, tampoco, malas ideas, si le basta recordar la vez que se tomó la pastilla y él encontró la caja en la basura y le pegó tanto que al día siguiente no le quedó otra que ir a lo de Marisa, la vecina que no la quiere, la esposa del amigo de Ricardo, de ese otro gusano, para pedirle que la ayudara, que lo hiciera por el amor de Dios, y que le diera por lo menos unos hielos para la cara, para que los chicos no le vieran esos golpes ni se dieran cuenta que las ganas que tenía de morirse eran más fuertes que las de quererlos.

Y si ahora la tristeza se esconde un poquitito es porque piensa que ella es buena madre, sí, mucho mejor mamá que ama de casa, pero se odia por haberles dado ese padre que, justamente, su propio padre le dijo antes de morirle “no te cases con él, Mabelita” y ella, vaya uno a saber por qué (por estúpida, por enojada, por huérfana) fue y se casó con Ricardo que parecía divertido, que le regalaba flores y que no la dejaba ni a sol ni a sombra.

*Yo a vos no te largo más nunca más ahora sos mía y nunca más de nadie más mi negra flacucha de morondanga que nadie la va a querer tanto como yo ¿sabe? Nadie en todo este puto mundo de mierda porque usted no es linda pero yo la veo hermosa solo yo mi negra solo yo...*

Y después se la apretaba contra el pecho tan pero tan fuerte que Mabel le tenía que pedir que aflojara porque en serio la iba a matar; y los dos se reían, ella por miedo y nervios, él por maldad...

*Es que te quiero tanto negra mía tanto tanto...*

Mabel había cuidado a su papá durante siete años, había perdido a su mamá de chiquita, y por fin se sentía querida por alguien, creía que eso era el amor de un hombre, o lo quería creer. Era una chica tímida, le costaba hacer amigas, no había terminado el primario y soñaba con estar casada, le parecía que eso la iba a salvar de la tristeza, de la ignorancia, de la soledad... Ser la esposa de alguien la iba a llevar a otro lado, a uno mejor en la sociedad, en el barrio... Todos la iban a saludar con alegría y ella se iba a lucir con sus hijos y sus bolsitas llenas de alimentos... Pero Ricardo no sólo la faja y la deja embarazada cada año y a la fuerza sino que además le dice *puta, inservible, yegua de mierda...* Y se ríe, encima siempre se ríe. Mabel cada vez que la llama así se muere de ganas de decirle que es un sorete maldito y que quiere que se vaya de la casa porque ella ya no lo quiere nada, ni un poco, y sí, y lo odia porque él es el peor error de su vida... Para colmo no tiene con quien hablar porque las mujeres esas que dicen ser del grupo de golpeadas seguro que son farsantes, traicioneras, amigas de él que se las manda a ver si cae, si muerde el anzuelo, como esa vez que el vecino la hizo hablar para después, ay Dios mío... Ya no tiene buenos recuerdos. Seguro que esas mujeres son una trampa de Ricardo que se las manda para después darse el gusto de pegarle con razón, fuerte y fuerte. Por eso no va, ella no les cree, ya no le puede creer a nadie, y casi por eso le empieza a creer a Ricardo con que no sirve para nada, que es una imbécil, una infeliz, una negra vaga. Pero después se siente fuerte, algún beso de los chicos, una buena nota, los compañeritos que los invitan a sus casas, y entonces piensa que tal vez es posible cambiar las cosas, cambiar la vida, pero está encerrada y ya es cosa de todos los días que ni siquiera pueda ir a hacer los mandados, la llave se la lleva junto con la esperanza y la libertad... Ricardo en el fondo es un pobre tipo que anda fajando a la Mabel porque de chiquito su padrastro le hacía cosas terribles que ella sabe y que no le recordaría nunca, por respeto, porque ella es respetuosa, y buena, es buena mujer la pobre Mabel, y todo lo que sabe se lo contó su suegra, la doña Mari, antes de que le llegara esa muerte tan espantosa que le llegó, una muerte en soledad, con los hijos perdidos por ahí como dos idiotas, tomando y tomando. Después de esa vida tan desgraciada que tuvo para colmo se fue a morir así, con un cáncer y dos hijos que no le

servieron para nada y que ahora ni siquiera sirven para trabajar dignamente y se dedican a maltratar a las esposas porque Mabelita sabe que su cuñada es igual de golpeada que ella aunque la muy estúpida nunca le haya dicho nada, nada de nada, ni un *hermana estamos en la misma o cuando quieras nos tomamos juntas el raje...* No, nadie habla, no hablar, silencio y lágrimas, historias repetidas; mujeres golpeadas.

Y si ahora le duelen los dientes es porque otra vez, de tanto mascullar ideas feas, terminó pensando en él que le está por caer a la casa y que le va a gritar con esa voz de mono rabioso que le pone y le va a empezar a pegar y los chicos, pobrecitos, se van a volver a encerrar en la pieza porque cuando llega el padre ni se animan a salir por miedo a ligarla ellos también y porque no quieren ver a su mamá cobrando. Mabel hubiera querido darles otro ejemplo, uno más parecido al que ella tuvo porque en su casa su papito jamás le levantó una mano a nadie, ni a ella ni a sus hermanas, pero eso no lo puede ni decir porque la vez que se lo dijo a Ricardo éste la mandó a lo del viejo, a la casa en ruinas, a la imagen del dolor más inmensa para Mabel, y de un empujón la dejó en la entrada de la casa, de culo en el piso, con tanta mala suerte que justo pasaba la vecina y al ratito nomás el barrio entero sabía que el Ricardo la fajaba a la Mabel.

A las cinco, en la otra novela, el muchacho besa a la chica y le dice que no le importa que sea negrita, que él la ama igual, pero la madre de la negrita le dice a la hija que no se ilusione porque ese tipo de hombres siempre se terminan casando con las blancas y con las ricas, no con chicas como ella que por más linda que sea, es negrita. Y Mabelita llora, ¿qué otra cosa puede hacer?. Lloro como una condenada pensando que para cuando él llegue además de encontrarla tan desarreglada como la casa va a encontrarla con los ojos hinchados y le va a empezar a decir estupideces como que anda con otro, que si lo llega a hacer cornudo la rompe en pedacitos, o que llora porque ya no lo quiere y la paliza va a ser peor y entonces se anima, se levanta, y agarra el teléfono para decirle a su hermana que vive en Formosa que por favor la reciba, que sabe que los cinco chicos y ella ya son seis y son muchos pero que se van a arreglar, como siempre, y que ella va a hacer todo bien, y que va a trabajar, y que pronto se va a ir, y que el Ricardo nunca pero nunca la va a encontrar porque no tiene la dirección y en una de esas es una suerte que nunca haya querido ni ver a su familia y... Suena tres veces el teléfono y ni bien atiende su hermana Mabel se apura a contarle que Marcelito, el mayor, se sacó un ocho en matemática porque salió inteligente como el abuelo -¿Te acordás del papá?, qué bueno era ¿no? Yo lo tengo conmigo, lo pienso todo el tiempo, es como si siguiera vivo en mí, y el nene es el

*papá en pinta, vos lo vieras, es bueno, es educado, me trata de lindo a mí que soy la mujer de la casa...*- y después de hablar un ratito se hace la tonta y corta como si hubiera sido cosa de la línea de teléfono.

A las siete llega Ricardo y la faja a lo grande porque encima de todo se quedó sin un peso, y tanto le pega que al final la tiene que terminar llevando al hospital donde el doctor que lo conoce de los burros le dice que esa vez no puede cubrirlo, que se le fue la mano y que por más amigos que sean le va a tener que dar parte a la policía, entonces Ricardo lo saca a empujones y le pega, y le pega, y le pega...

Al día siguiente, además de unas lindas flores, le lleva a su adorada Mabelita los chicos para que se queden tranquilos, la besen y le digan que la quieren mucho y esas cosas a las que ella nunca pudo resistirse. Marcelito le guiña un ojo, entiende todo a pesar de sus ocho años, Mabel llora de emoción. Ricardo los hace salir y cuando se queda solo con ella empieza a pedirle perdón y le promete que va a ser la última vez y hasta se lo jura besándose la cadenita de oro que le cuelga en el cuello que es lo único que no apuesta. Ella le dice que sí, que lo perdona y que le cree, y antes de que se vayan les da un beso grandote-grandote a todos, incluso a Ricardo, porque Mabelita es así, buena, tonta, inservible, sensible, bruta... Los chicos la miran fijo, no le sacan los ojos de encima de los ojos. Son los hijos, la conocen, la intuyen, tienen miedo, pero confían en su mamá. Pase lo que pase ella jamás los va a dejar, nunca les va a faltar nada, y mucho menos la mamá.

En la madrugada Mabel se escapa del hospital y saca a los nenes por la ventana. Los cinco la están esperando despiertos, ansiosos, ojos de esperanza y libertad, piensa Mabel al verlos. Ella es fuerte también. Ricardo está soñando que gana una carrera y que festeja tomando vino con el que se mancha la boca y se asusta pensando que es sangre.

Por esas cosas del destino se publican pegadas las dos noticias en el diario: la terrible golpiza que dejó en coma a un médico del Hospital Argerich, y la de un padre de familia desesperado por el supuesto secuestro de su esposa e hijos.